

Artículo | Article

Activación patrimonial y memoria. Alternativas para el reconocimiento del paisaje del vino pipeño como patrimonio subalterno en el Valle del Itata

[Active heritage and memory. Alternatives to acknowledge pipeño wine landscape in the Itata Valley as subaltern heritage]

Paula Mariángel Chavarría¹

Contacto | Contact: pmariangel@cetsur.org

Abstract: Currently, the heritage phenomena has taken an important place in the construction of one of these narratives and it has opened the door of the vilified “pipeño wine” to new tastes, based on the recognition of intrinsic qualities linked to the age and rusticity of its vines, its artisanal vinification system and other aspects. This research covers this new scenario from a critical perspective, with questions about the conceptual basis built around the cultural heritage that legitimizes this process and the underlying relation between heritage and power. The author proposes the use of the concept of “subaltern heritage” and highlights the historical memory of the involved communities and their experiences of resistance and adaptation as potential sources for the collective activation of this heritage and the strengthening of the local sovereignty.

Keywords: Wine heritage-memory-subalternity.

Resumen: En la actualidad, el fenómeno patrimonial ha ocupado un lugar importante en la construcción de las narrativas vitivinícolas, abriendo el tan vilipendiado “vino pipeño” a nuevos paladares, a partir del reconocimiento de cualidades intrínsecas vinculadas con la antigüedad y rusticidad de sus cepas y el sistema artesanal de vinificación. La presente investigación aborda desde una perspectiva crítica este nuevo escenario, interrogándose por las bases conceptuales en torno al patrimonio cultural que otorgan legitimidad a este proceso, poniendo atención a la relación subyacente entre patrimonio y poder. En este contexto, la autora propone la utilización de la noción de “patrimonios subalternos” como posible marco conceptual desde donde proyectar los procesos de patrimonialización, haciendo hincapié en la memoria histórica de las comunidades implicadas y en sus experiencias de resistencia y adaptación, en tanto fuentes potenciales para la activación colectiva de este patrimonio y el fortalecimiento de las soberanías locales.

Palabras clave: Patrimonio vitivinícola-memoria-subalternidad

Recibido | Recibed: 14 de marzo de 2019

Aceptado | Accepted: 25 de mayo de 2019

Este artículo puede ser citado como | This article must be cited as: Mariángel Chavarría, P. (2019) Activación patrimonial y memoria. Alternativas para el reconocimiento del paisaje del vino pipeño como patrimonio subalterno en el Valle del Itata, *Sustentabilidad(es)*, vol. 10, núm. 19: 3–30.

¹ ONG CETSUR, Tomé, Chile.

Introducción

Desde siempre el vino ha estado envuelto en una atmósfera peculiar y sugerente que ha llamado la atención no sólo de connotados bebedores sino también la de poetas, escritores e investigadores. Cuál más, cuál menos, todos han aportado a la diversificación del campo vitivinícola desde diversos frentes.

En la actualidad, uno de estos frentes ha sido ocupado por el fenómeno patrimonial, el que desde hace no más de 10 años ha permitido poner en paladares distinguidos el tan vilipendiado “vino pipeño”, símbolo indiscutido del “bajo pueblo” -atendiendo a la expresión propuesta por Gabriel Salazar (1990)-, destacando cualidades intrínsecas vinculadas con la antigüedad y rusticidad de sus cepas, el clima y el sistema artesanal de vinificación.

En este ejercicio, emanado principalmente desde el Mercado y el Estado, han resonado como nunca antes en la Historia escrita de este país, territorios vitivinícolas como el Valle del Itata en la Región de Ñuble, el que desde

hace ya casi 500 años cobija a innumerables familias campesinas dedicadas a la producción de este tipo de mostos.

La investigación que a continuación se presenta aborda desde una perspectiva crítica este nuevo escenario, interrogándose por las bases conceptuales construidas en torno al patrimonio cultural que otorgan legitimidad a este proceso, poniendo atención a la relación subyacente entre patrimonio y poder. En este contexto, la autora propone la utilización de la noción de “patrimonios subalternos” como posible marco conceptual desde donde proyectar los procesos de patrimonialización, haciendo hincapié en la memoria histórica de las comunidades implicadas y en sus experiencias de resistencia y adaptación, en tanto fuentes potenciales para la activación comunitaria de este patrimonio y el fortalecimiento de las soberanías locales.

La hipótesis central que guía el proceso investigativo, sostiene que el reconocimiento y la activación de la memoria en los procesos de

patrimonialización permiten reivindicar identidades subalternas y promover soberanías locales en las comunidades involucradas, hasta ahora no visibilizadas. A partir de ella, se plantean como principales objetivos: comprender el sentido subalterno del patrimonio cultural representado en el “paisaje del vino pipeño”, y analizar el papel de la memoria en los procesos de patrimonialización para la reivindicación de las identidades vitivinícolas subalternas en el Valle del Itata.

Metodológicamente, la reflexión se sostiene a partir de una revisión bibliográfica de literatura especializada y estudios previos realizados en torno al objeto de investigación, permitiendo resumir, organizar y sistematizar la información obtenida, para establecer el estado del conocimiento que existe sobre la problemática abordada.

El paisaje del vino pipeño y la construcción de interrogantes desde el campo del patrimonio cultural

El Valle del Itata, ubicado en el sector secano costero de la Región de Ñuble, conforma un territorio de importancia vitivinícola regional con casi 500 años de existencia. Constituido por 9 comunas y una población aproximada de 80.000 habitantes, posee al menos 10.500 hectáreas de vides plantadas con centenarias cepas², las que a lo largo del tiempo han surtido de peculiares mostos a paladares de la zona y otros más lejanos, tanto dentro como fuera del país.

Desde el emplazamiento de las primeras huestes españolas a mediados del siglo XVI, las parras introducidas para satisfacer las necesidades embriagadoras de los soldados y los requerimientos eucarísticos de la iglesia, fueron adaptándose a las condiciones climáticas locales, proveyendo de frutos de calidad a la creciente población campesino-

²Las principales cepas plantadas en el territorio corresponden a la uva Moscatel de Alejandría, la uva País y la uva Cinsault, las que desde las expresiones locales se identifican como italia, negra y cargadora, respectivamente.

mestiza. La presencia de las colegiaturas jesuitas apostadas en diversos puntos estratégicos del lugar, consolidaron un sistema productivo con características artesanales para la producción de vinos, chicha y aguardiente, que en los años venideros siguieron sustentando medianas y pequeñas unidades campesinas, generando un protagonismo productivo y comercial que hoy pocos reconocen (Del Pozo 2014; Stewart 2015).

“Según numerosos testigos de la época, la región penquista y sus alrededores producía el vino de mayor calidad en el país. Para un testigo del siglo XVIII, Gómez de Vidaurre, el vino producido en Itata era <el mejor vino de Chile>” (Del Pozo 2014:21).

La revolución vitivinícola del siglo XIX, liderada por las élites rurales de la reciente república independiente, trajo consigo una ruptura económica y paradigmática en la producción tradicional del vino, a partir de un proceso de modernización intensivo que provocó la marginación paulatina de estas comunidades de los mercados nacionales,

así como también de la Historia del Vino y de su reconocimiento patrimonial.

Las alianzas establecidas entre familias acomodadas principalmente del mundo político (Del Pozo, 2004) con enólogos galos y comerciantes catalanes, sentaron las bases para la consolidación de una industria vitivinícola que fue escalando en reconocimiento internacional (Tapia2015), trasmutando el sentido productivo tradicional al campo exclusivo de lo económico, condensando los conocimientos asociados en la figura de técnicos especialistas, modificando los gustos de las clases altas y provocando un desprecio creciente por el vino local y las antiguas cepas, en tanto resabios arcaicos de origen campesino-popular.

De manera paradójica, y luego de casi dos siglos de marginación, el vino pipeño y sus cepas han comenzado a tener cada vez mayor atención e interés a partir del reconocimiento de sus cualidades ancestrales, artesanales y primigenias, desde una concepción del fenómeno patrimonial que se desenmarca de los clásicos espacios de formación y conservación, entiéndanse por ello los

museos y las disciplinas especializadas en el pasado (García Canclini 1990). Enólogos, empresarios, organizaciones productivas, servicios públicos e investigadores, entre otras actorías, han volcado su atención desde diversos frentes, dando cuerpo a un precipitado fenómeno de puesta en valor, digno de ser revisado.

La publicación “Viñas y toneles del Itata: patrimonio, memoria e identidad en la producción del vino pipeño” (2016), propone un primer análisis en torno a las implicancias de este *boom* patrimonializante, preguntándose en este proceso respecto de quiénes patrimonializan, qué es lo que efectivamente se patrimonializa y para qué se patrimonializa, evidenciando los posibles riesgos de reincidir en la invisibilización de las comunidades campesinas vinculadas a esta tradición productiva, a partir del secuestro de la figura del vino pipeño y sus cepas como objetos impregnados de una esencia patrimonial per-se, desvinculada de los sujetos que lo producen.

Del mismo modo, la investigación recoge la noción de “paisaje cultural” para abordar la complejidad de los contenidos patrimoniales que subyacen a esta tradición vitivinícola representada en el vino pipeño, dando cuenta de la imbricación de dimensiones materiales y simbólicas en su conformación. A través de diversos relatos orales se recompone además la densidad de los procesos históricos acaecidos a lo largo del tiempo, otorgando legitimidad a discursos y subjetividades hasta ahora no reconocidas.

“El paisaje cultural se hace explícito en un espacio geográfico a través de su apropiación por parte de un grupo humano. Allí se construyen modos particulares de relación e intercambios entre personas, productos y saberes que lo dotan de identidad (...) En el caso del vino pipeño se trata de lógicas centenarias de producción agrícola que manifiestan también sentidos de mundo, relaciones y materialidades que le otorgan

singularidad en el tiempo”
(Bahamonde et al. 2016: 16).

A partir de este primer acercamiento, en el presente trabajo se propone realizar una profundización crítica en torno a esta línea temática, incorporando la noción de patrimonios subalternos como posibilidad de construcción conceptual para la comprensión de las relaciones de poder implicadas en los procesos de patrimonialización, otorgando centralidad a la memoria como herramienta de activación del patrimonio y de las soberanías locales, para su gestión.

Transformaciones conceptuales y surgimiento de nuevos repertorios patrimoniales en el mundo del vino.

En los últimos años el mundo del vino ha visto resurgir de entre las sombras mostos y cepas anteriormente desdeñadas, como íconos de una identidad prístina y hasta ahora extraviada de la historia nacional, convirtiéndolas poco a poco en repertorio indiscutido del patrimonio vitivinícola chileno. Junto a

ellos se ha redibujado también el actual mapa enológico, permitiendo que valles y lomas, donde el vino pipeño ha sido por siglos su principal exponente, logren seducir a paladares especializados de distintos lugares del mundo, apelando a su *terroir* único y a su alta rusticidad productiva.

“(…) hasta hace poco sólo había espacio para cepas nobles identificadas con esos mundos: los pinot noir, los merlot y el cabernet sauvignon. Por nombrar algunos. Pero el vino chileno ha vivido una especie de metamorfosis los últimos 20 años. Un proceso de introspección que lo ha llevado a mirar hacia adentro. A sus raíces más profundas (...) Y hoy, es el turno del país y el cinsault. Dos cepas que de la mano del Pipeño y los cientos de productores en el granito seco del Itata están armando una revolución. De las chuicas al etiquetado. De la botillería de la esquina al on trade europeo. La humilde bebida de los compipas de pueblo, hoy es

respingada y tomada más en serio de lo que nosotros hubiéramos imaginado” (Ortega, 15 de julio de 2013).

¿Qué explicación puede tejerse ante la transmutación que aquí se ha gestado? ¿Es que acaso nos enfrentamos a una verdadera revolución en los campos de significación que nutren el patrimonio cultural y sus usos? Una primera aproximación para abordar la tensión aquí descrita es posible iniciarla siguiendo los vaivenes que han percutido desde hace algún tiempo los procesos de estructuración tradicional del universo de lo patrimonial.

Tal como señala Roxana Seguel (1999), la noción de patrimonio cultural se enfrenta hoy en día con la eclosión de nuevos enfoques, preguntas y contenidos que ponen en jaque las comprensiones totalizadoras propias de la modernidad y su proyecto unitario de sociedad, levantando una mirada de sospecha ante el concepto de “patrimonio nacional” y posibilitando su actual comprensión como un constructo histórico y de carácter polisémico (Maillard 2012).

Si desde los mega relatos decimonónicos sostenidos por las clases oligárquicas el patrimonio cultural fortalecía la imagen de una identidad nacional en tanto referente máximo del “ser chileno”, desde esta polisemia se ha reforzado la idea de una “infinita cantidad de micro relatos y de la territorialización del fenómeno patrimonial que, a escala humana, se construye a partir del entorno significativo de las personas: son los patrimonios locales” (Seguel 1999: 9).

La pluralización de lo patrimonial, situado en la tensión global/local, ha provocado a su vez un viraje de atención desde la materialidad como manifestación privilegiada para promover alternativas de valoración y conservación, muy propia de las perspectivas monumentalistas, hacia la creciente relevancia de la dimensión intangible, bajo la premisa de que “el factor determinante que define actualmente al patrimonio cultural es su carácter simbólico” (Maillard 2012:24).

Al respecto, y en relación a la inclusión del concepto de “bien cultural” dentro de los avances teóricos en el

campo del patrimonio cultural, Esther Fernández de Paz sostiene:

“Su principal valor radica en la superación del reduccionismo que encierra la idea de objeto, vigente hasta el momento, proponiendo un término amplio y capaz de acoger otros referentes patrimoniales, sin diferenciación entre lo material e inmaterial. Al fin se va poniendo en cuestión el propio sentido del mero objeto físico, al comprender que son los valores que se le atribuyen a los objetos de referencia los que definen su significación cultural y los que justifican las razones argumentables para su preservación. Por lo tanto, todo bien cultural será definible, precisamente, a partir del significado inmaterial que le atribuyamos: testimonio de un acontecimiento histórico, de un modo de vida, de las creencias de un colectivo, de la tecnología y saberes utilizados para aprovechar los recursos disponibles, etc.” (Fernández de Paz 2006:4).

Del mismo modo, la incorporación de la vitivinicultura dentro del espectro patrimonial del país ocurre a partir de la conformación misma de Chile como nación. La nascente república acudió a diversas estrategias para fortalecer una identidad que permitiera alimentar la cohesión de la población, levantando y difundiendo un fuerte sentimiento nacional alrededor del vino, el que luego se vio reforzado con la imagen de la viña como símbolo indiscutido de la prosperidad agrícola (Rojas 2015). La zona central adquirió entonces preponderancia suficiente como para colmar de contenidos la cultura del vino chileno, cimentando la imagen tradicional de grandes viñedos coloniales operados con técnicas productivas modernas y cepas “finas” importadas desde Francia, en contraposición a las primeras cepas “rústicas” o “vulgares” del sur.

El advenimiento del vino pipeño como ícono del patrimonio vitivinícola en los últimos años se circunscribe a esta tendencia contemporánea de reconocimiento de lo local en contraposición a lo global, que ha

estimulado la puesta en valor de una serie de contenidos intangibles anteriormente subvalorados y reducidos a expresiones folklóricas o tradicionales.

“Resulta innegable que la defensa del patrimonio propio de cada comunidad, puede actuar, hoy más que nunca, como reafirmación de las identidades frente al empuje del uniformismo cultural: la puesta en valor de las costumbres, la gastronomía, la arquitectura, los rituales, las técnicas, las artes, las expresiones y demás elementos componentes de cada cultura, se convierten en referencias identitarias ineludibles” (Fernández de Paz2006: 6).

Ahora bien, una aproximación superficial podría argumentar que lo que está ocurriendo hoy en día es efectivamente una ruptura paradigmática a partir de la defensa del patrimonio de las comunidades en cuestión, y del reconocimiento de las identidades campesinas por largo tiempo invisibilizadas. Sin embargo, si se pone atención a los contenidos enfatizados en

esta diversidad de entradas y ejercicios de “puesta en valor”, se evidencia que lo que allí se gesta es un tipo de narrativa no menos hegemónica que la anteriormente construida desde la noción de patrimonio nacional.

Ya no son las grandes viñas de la zona central las que abrazan la esencia del vino chileno y le otorgan sustancialidad a la identidad del país. Ahora es el vino pipeño y sus cepas las que en sí mismas dotan de historia, tradición, alma y corazón a este verdadero patrimonio vitivinícola, por tanto tiempo inadvertido.

“Mirado por muchos como un vino de quinta categoría, más abajo aún que su vilipendiado par en caja, el humilde pipeño está volviendo en gloria y majestad, como en los viejos tiempos. O al menos eso es lo que buscan Louis-Antoine Luyt y un grupo de enólogos del sur de Chile. ¿La razón? Quieren mantener vivo este patrimonio. “El pipeño no es sólo vino: es historia y tradición, es una forma de hacer vinos”, dice Luyt sobre este famoso mosto de

Mariángel Chavarría, P.

uvas fermentado en lagares de raulí y guardado poco tiempo en las famosas pipas –toneles de roble chileno– que le dan el nombre” (Goeppinger 9 de julio de 2013).

En este nuevo marco de sentidos se enaltece la imagen de un producto ancestral teñido de tradición y genialidad, originario de un paisaje exclusivo, que complace a cientos de consumidores cautivados por las nuevas posibilidades del mercado.

Se transita entonces del folklore al souvenir, modificando los elementos que le otorgan contenido al universo patrimonial pero no los mecanismos de producción simbólica que allí entran en juego. Tal como plantea Lacarrieu, se trata más bien de un fenómeno gestado al interior de la modernidad, que instrumentaliza el patrimonio desde intencionalidades económicas y políticas, pero que no deconstruye las estructuras hegemónicas establecidas:

“Es atribuible al contexto de la globalización agudizado esa tendencia de viraje “hacia el pasado” (...) Con el

Activación patrimonial y memoria. Alternativas para el reconocimiento del...

trasfondo de una melodía similar, también se universaliza un interés inusitado por el patrimonio cultural. Aunque la sociedad entera parece estar atravesada por este “volver a vivir”, su generalización debe ser entendida en el marco de un boom asociado a los medios de comunicación y el marketing, al rol jugado por los organismos internacionales como UNESCO, al incremento en los flujos transnacionales de personas que en condición de turistas contribuyen en la promoción de pasados y patrimonios únicos y singulares, finalmente al consumo masivo de “memorias y patrimonios comercializables” (...) En suma, un movimiento que, aunque no en la misma velocidad, viene ubicando instrumentalmente a la memoria y el patrimonio como “recursos” de la economía y la política” (Lacarrieu2004:155).

Es la modernidad globalizada la que reproduce sus atributos, penetrando en todos los intersticios posibles para la regulación de la sociedad. “Puesto que pretenden abarcar a todos los sectores, los

proyectos modernos se apropian de los bienes históricos y las tradiciones populares” (1990:149), señala Néstor García Canclini, en su propósito por comprender las relaciones de la modernidad con el pasado, a través de la noción de patrimonio.

Finalmente, y una vez despejada esta tensión inicial, cabe preguntarse entonces por las dimensiones que interfieren en la construcción del concepto de patrimonio cultural. Parfraseando a Canclini (Ibíd.), resulta de vital necesidad acercarse a una respuesta coherente en torno a la pregunta ¿Con qué recursos teóricos podemos repensar los usos sociales contradictorios del patrimonio cultural?

La tensión hegemonía-subalternidad en la comprensión del paisaje del vino pipeño como patrimonio cultural

Los avances teóricos desarrollados en los últimos años en torno al patrimonio cultural han afianzado la idea de la producción simbólica como un aspecto gravitante en su definición, y por ello también la de construcción social. Resulta

indiscutible hoy en día sostener que el objeto por sí mismo no contiene ningún atributo patrimonial sin la participación de un sujeto que le otorgue sentido (Berroeta2008). Más que algo dado -un acervo o herencia del pasado-, el patrimonio se concibe hoy como un “proceso activo y selectivo elaborado en el presente” (Thomas 2006: 52). Se trata de un ejercicio dinámico y complejo de otorgación de valores, funciones y significados, que colectivamente se contextualizan a un presente en permanente construcción (Maillard 2012)

Sin embargo, y recuperando los elementos vertidos en el capítulo anterior, resulta evidente que no todos los grupos y/o colectividades poseen las mismas atribuciones para definir aquellos repertorios dignos de patrimonializar. Lo que se constata es más bien una relación desigual en la producción simbólica asociada a éste y otros campos y, por ende, en su apropiación y uso.

“Si repensamos la noción de patrimonio desde la teoría de la reproducción cultural, encontramos que los bienes reunidos en la

historia por cada sociedad no pertenecen realmente a todos, aunque formalmente parezcan ser de todos y estar disponibles para que todos los usen” (García Canclini 1990: 181).

Bajo una aparente neutralidad, el escenario patrimonial se instituye en un espacio donde se fraguan relaciones de poder de diverso tenor. Allí son sólo algunos grupos los que fortalecen sus estrategias de dominación por medio de contenidos que pasan a ser aceptados y naturalizados por los demás, mientras que otros son despojados tanto de sus posibilidades de intervención como de sus propios símbolos.

A partir de esta primera constatación, queda claro que la dimensión del poder es parte constitutiva de la noción misma de patrimonio, así como de los procesos de activación, puesta en valor, conservación y/o gestión. Para algunos autores, anclados en una reflexión crítica hacia la modernidad, el patrimonio es concebido desde sus bases como un dispositivo de poder hegemónico y como un instrumento de

intervención, disciplinamiento y exclusión social.

Mireya Salgado, por ejemplo, señala que el patrimonio cultural conforma “(...) un discurso totalizador, aferrado a narrativas de la modernidad que se constituyen como discursos de poder, de dominación y que están en plena vigencia en la actualidad” (Salgado 2008: 15).

Los primeros arribos a los que se llega una vez que se profundiza en este tipo de perspectivas, es que al menos es posible distinguir la existencia de *patrimonios oficiales* y *patrimonios no oficiales*. En su artículo “De lo íntimo a la oficialidad: la construcción del patrimonio desde las personas”, Daniela Marsal aborda esta distinción comprendiendo que:

“En el primer caso se refiere a aquellos elementos patrimoniales sustentados y promovidos por la nación y/o el Estado. En su mayoría suelen ser reconocidos, aprendidos y socializados a través de la educación formal, ritos, conmemoraciones e instituciones

(...) existe también un patrimonio no oficial, uno espontáneo, que nace de lo privado, las actividades y conocimientos individuales, familiares y de comunidades, que no son oficializados ni aprendidos institucionalmente. Estos son elementos, prácticas y lugares utilizados por grupos a nivel local que crean identidad y sentido de pertenencia” (Marsal2012: 117).

Cada colectivo o grupo humano, partícipe de una relación desigual en el contexto de la modernidad, elabora sus acercamientos hacia lo patrimonial, pudiendo o no estar legitimados según la posición de poder en la que se ubique. A partir de este bosquejo *oficial/no oficial*, es posible reconocer también otros aportes teóricos que otorgan consistencia analítica a las dinámicas que allí se dan. Entre ellos, la inclusión del Mercado, además del Estado, como figura o entidad productora de sentidos y contenidos patrimoniales, y la tensión hegemonía/subalternidad en tanto espacio fértil para la comprensión de las disputas simbólicas que se originan.

Llorens Prats es uno de los autores que más ampliamente se ha inmiscuido en las bases epistemológicas del patrimonio contemporáneo, enfatizando su relación directa con el poder.

“El origen del patrimonio cultural, en su acepción contemporánea, y su proceso de construcción, no me parece distinto de otros procesos de representación y legitimación simbólica de las ideologías” (Prats 1998: 64).

De acuerdo a su mirada, el patrimonio cultural es factible de definirlo como una invención y a la vez como una construcción social, siendo ambas parte de un mismo proceso: invención en la medida en que existe capacidad para generar un tipo de discurso con miras a ser naturalizado (discurso hegemónico), y construcción social, una vez que este discurso se ve envuelto en procesos de legitimación social.

“Asocio los procesos de invención con la capacidad de generar discursos sobre la realidad con visos a adquirir cartas de naturaleza,

y, por tanto, con el poder (no sólo con el poder político si como tal se entiende exclusivamente el que deriva del Estado), y asocio la idea de construcción social con los procesos de legitimación, es decir, de asimilación social de estos discursos más o menos inalterados” (Ibíd.).

De esta manera, el patrimonio corresponde a un discurso inventado por el poder, en el que circulan ciertos imaginarios basados en la ideología del romanticismo moderno para su legitimación. Los constructos primarios desde los cuales se construye el discurso patrimonial, de acuerdo a Prats, descansan en ideas como la historia, la naturaleza y la genialidad. Tales criterios están más allá del orden social y de sus leyes, y por lo tanto se encuentran lejos de ser controlados, lo que los hace inmutables y posibles de ser naturalizados.

“La naturaleza (idealmente la naturaleza, salvaje, no maleada por el hombre, sus fuerzas desatadas, sus peligros y misterios) escapa al

control humano y revela la existencia de unos poderes que no se pliegan al orden social. La historia, el pasado (incluso el futuro) en tanto que tiempo fuera del tiempo, escapa también a nuestro control (...) La genialidad representa la excepcionalidad cultural, la individualidad que trasciende, y por tanto transgrede las reglas y capacidades culturales que rigen para el común de los mortales (...)” (Ibíd.: 65).

Haciendo una relación con el caso de estudio, efectivamente las narrativas patrimoniales que actualmente circundan la imagen del vino pipeño se anclan en estos tres aspectos. En tanto nuevo repertorio iconográfico, el vino pipeño contiene en sí mismo la idea de un pasado sublime que regresa en gloria y majestad, el que sumado a una genialidad manifestada en la artesanía y la rusticidad productiva, y a una naturaleza indómita, lo convierten en un objeto de alta valoración.

Sin embargo, y es aquí donde se patentiza un importante punto de

inflexión, al indagar respecto de las construcciones valorativas que se gestan al interior de las comunidades vitivinícolas del territorio del Itata en torno a este mosto, las cualidades anteriormente mencionadas pierden sentido y cobran relevancia aquellos elementos vinculados a la configuración de un sentido de pertenencia e identidad, con referentes del pasado basados en la memoria del espacio local.

Partiendo de la noción de paisaje cultural propuesto por las autoras de “Viñas y Toneles del Itata” para abordar esta materia, el vino pipeño se circunscribe a un territorio o lugar en el que se reproducen lógicas productivas no instrumentales, que dan cuenta de una episteme que “ilumina el modo en que se concibe la existencia, y por lo tanto, las relaciones entre los seres humanos o entre éstos y la naturaleza, respondiendo a parámetros de explicación específicos que se diferencian de las formas moderno-occidentales de operar” (Bahamonde et al. 2016:16).

Se trata de formas de comprensión, símbolos y significados que abarcan los

diversos ámbitos de la vida y que se manifiestan en una materialidad que a su vez cobija técnicas y saberes concretos, además de vestigios que hablan de circulación e intercambios.

“Lomajes cultivados con viñas de cabeza blancas y negras, dialogan con una arquitectura basada en el barro y la teja. Cubas, fudres, lagares y pipas organizan junto a otra serie de equipamientos las bodegas de producción. Estaciones de trenes hoy en desuso, líneas férreas, caminos y senderos esbozan lógicas de conectividad y transporte pasadas y presentes. “Mil bodegas”, imagen que dio vida a uno de los primeros proyectos cooperativos vitivinícolas inconclusos del sector de Guarilhue en la comuna de Coelemu, grafica la configuración espacial del territorio, donde en el pasado cada casa albergó una bodega para la elaboración de vinos y aguardiente” (Ibid: 23).

Sin querer ahondar en los avances teóricos alcanzados en el campo de la subalternidad, en este trabajo se recogen

algunos de sus elementos con el afán de dinamizar la reflexión en torno al patrimonio y sus procesos de activación. Ello, considerando que, a diferencia de sus impactos en diversos ámbitos de las ciencias sociales en los últimos años, en el campo del patrimonio su presencia ha sido exigua o casi inexistente.

A grandes rasgos, la condición de subalternidad en la que se mueven diversas clases o grupos, en este caso las comunidades campesinas del Valle del Itata, permite reconocer: “(...) la posición de determinados sectores sociales en el marco de las relaciones de fuerza en el contexto de la lucha de clases” (Pajoni, 2007: 1), así como en el campo de la producción de sentidos y de la disputa por los valores determinantes.

Desde este marco, la dominación y la hegemonía conforman parte de una relación de fuerzas en permanente conflicto, siendo posible ahondar entonces en “la experiencia y la condición subjetiva del subordinado, determinada por una relación de dominación” (Modonesi 2012: 3), así como en su potencial transformación, convirtiéndose

en una “expresión y contraparte de la dominación encarnada o incorporada en los sujetos oprimidos, base, y por ende, punto de partida ineludible de todo proceso de conflicto y emancipación” (Ibíd.: 4).

Uno de los aspectos relevantes de observar a partir de este posicionamiento teórico corresponde justamente a esta “tendencia a la autonomía en contra y en las fronteras de la dominación” (Ibíd.: 5), reconociendo las capacidades adaptativas, de negociación y/o resistencia de estos grupos.

A lo largo de la historia, las comunidades campesinas y sus pequeñas unidades productivas han sufrido condicionamientos estructurales económicos, políticos y simbólicos de alta envergadura. Tal como se mencionó en los primeros capítulos de esta investigación, su ausencia en el relato histórico académico ha devenido en un acto de invisibilización, fortalecido por la construcción de un estigma en torno a la figura de un vino de mala calidad o vino de “rotos”. Concretamente, se han gatillado problemáticas de orden político

Mariángel Chavarría, P.

y socioeconómicas que, a lo largo de los años, han tenido vaivenes de mayor y menor intensidad, debilitando el paisaje cultural allí contenido.

Como ejemplo se puede mencionar la invasión de la industria forestal y el aprisionamiento de las unidades campesinas en reductos carentes de agua para la reproducción familiar; el dictamen de marcos jurídicos y normativos que estimulan el libre comercio, favoreciendo a las grandes industrias de la zona central versus las pequeñas unidades productivas existentes; la migración masiva de la población joven hacia las zonas urbanas en busca de oportunidades; la competencia desigual con la agroindustria vitivinícola a partir de la especulación en el precio del vino, y la conversión obligada hacia la producción y comercialización de uva antes que a la producción de vino, entre otras acentuadas problemáticas (Bahamonde et al.: 2016).

De manera paradójica y frente a estas constricciones, las comunidades vitivinícolas continúan reeditando experiencias productivas que sostienen

*Activación patrimonial y memoria.
Alternativas para el reconocimiento del...*

dinámicas familiares y comunitarias basadas en un sentido de pertenencia, que no encuentran correspondencia con las alternativas de desarrollo económico diseñadas para el territorio. Se trata entonces de mecanismos de reproducción, no sin contradicciones y sujetos a relaciones de fuerza desiguales, que pueden ser leídos en el campo de lo simbólico como ejercicios de resistencia y adaptación para no desaparecer (Ibíd.).

Tal como señalan los testimonios aquí reproducidos, tradición, porfía y cariño son los elementos que dan cuenta de esta permanencia, a pesar de las presiones estructurales que a lo largo de los años han debido sobrellevar:

“Yo sigo produciendo vino aunque no lo pueda vender y me tenga que comer la uva. Voy a seguir hasta que me muera porque esto es lo que yo sé hacer” (Testimonio de José Ruiz, vitivinicultor del sector de Magdalena Alto, Coelemu, en Bahamonde, et al., 2016: 27).

“Todavía yo digo que el 90% de la gente conserva las viñas y las

trabaja, las han seguido trabajando, pero ya yo creo que a estas alturas, sinceramente, por el cariño y el amor a las viñas, no porque vengan a ganar con eso” (Paola Navarro, dirigente vecinal sector El Galpón, Ránquil. En Bahamonde, et al.: 27).

¿De qué manera entonces el vino pipeño se convierte en merecedor de una connotación patrimonial? En los últimos años, la activación del discurso patrimonial en torno al vino pipeño ha sido gatillada por la intervención de enólogos y empresarios extranjeros, quienes, a partir de su riqueza cultural subyacente, “descubren” su potencialidad económica ante las nuevas tendencias del mercado, logrando embotellarlo, exportarlo y obtener reconocimientos internacionales.

“Es notable el éxito comercial del pipeño promovido por los enólogos franceses Louis-Antoine Luyt y David Marcel, quienes, en la segunda década del siglo XXI comenzaron a posicionarlo nuevamente en los mercados centrales del vino chileno. Cada

uno de ellos se interesó por estos vinos y buscó la manera de reivindicarlo. El reconocimiento del mercado los premió con precios de entre 10 y 15 dólares la botella. En restaurantes el vino pipeño se vende hasta a 30 dólares la botella actualmente en Santiago de Chile. Además, gracias a la aceptación y a la buena crítica por parte de los periodistas especializados en ámbitos vitivinícolas, y a la aceptación de este vino en vitrinas del mundo de la restauración y de las ferias de especialidad como el “Chancho Deslenguado”, el pipeño ocupa un espacio importante en el mercado agroalimentario, alcanzando buenas puntuaciones entre los críticos del vino. De esta manera, los pipeños, encabezados por Maitía, Tipuame, Cacique Maravilla y Louis-Antoine Luyt, se consolidan en el escenario vitivinícola nacional” (Lacoste et al. 2015:88).

Ante tales transformaciones, las explicaciones elaboradas por muchos

campesinos y campesinas ha sido la del “apitucamiento” tanto del producto como del proceso (embotellado, aclarado, sin borra y con etiqueta), dando cuenta de la confrontación de las lógicas comprensivas hegemónicas y subalternas en la propia significación del vino pipeño.

“Por una parte se evidencia el levantamiento de un discurso de corte “enológico” anclado en lo patrimonial, que recurre a la cepa y al terroir para darle sentido y favorecer su comercialización en una botella (...) y, por otra, se reconocen valoraciones tradicionales de viñateros locales cuyos argumentos no descansan en contenidos bioquímicos o técnicos sino que apelan a referencias subjetivas y variables (...) que imposibilitan ubicarlo como una certeza o categoría clara y precisa” (Bahamonde et al. 2016: 27).

Para el saber campesino popular, el vino pipeño varía de acuerdo al lugar donde se conserva, al tipo de cepa utilizado, al tiempo de fermentación, a las particularidades climáticas, al tipo de

suelo y a la disposición de las viñas, entre muchos otros aspectos. Por ello, el vino pipeño no es único ni estándar, y cada familia puede obtener un tipo de vino distinto, siguiendo la lógica de un sistema de producción artesanal. En su definición interviene tanto el proceso como el producto final obtenido y de allí que su apelativo “pipeño” se base antes que en su contenido, en su contenedor, la “pipa”, donde tradicionalmente era transportado (Ibíd.).

De acuerdo a lo anteriormente expuesto, no resulta extraño constatar que pese a este reconocimiento patrimonial, las comunidades vitivinícolas continúen supeditadas a las desiguales relaciones comerciales con las grandes viñas, llegando a recibir \$40 por el kilo de uva, agudizando su condición de empobrecimiento, presionando a las familias a la reconversión hacia el rubro forestal y obstaculizando los procesos de vinificación tradicional.

Hasta aquí lo andado, es posible afirmar la existencia de lo que ya antes se reconoció como patrimonios oficiales y patrimonios no oficiales. El primero

urdido al interior de lógicas de mercado que levantan un inédito mosto capaz de cautivar paladares al estilo de las bodegas boutique europeas³, y otro discurso no legitimado, subalterno, que reconoce al vino pipeño como parte de un sistema que trasciende lo económico, situándose como espacio de elaboración de sentidos de vida colectivos, en el que se reproducen también otros oficios, materialidades, saberes, vínculos y relaciones de tiempo-espacio particulares.

Los procesos de significación asociados al vino pipeño, tejidos al interior de las comunidades, contienen una riqueza simbólico-cultural que se contrapone a la oficial y que da cuenta de un campo en permanente disputa económica, política y simbólica (García Canclini 1998) que en el tiempo ha exigido adecuarse y permanecer, construyendo una experiencia histórica basada en la negociación/resistencia, bajo un contexto de dominación y hegemonía.

³Las bodegas boutique hacen referencia a sistemas de vinificación a muy pequeña escala que buscan una producción muy tradicional. Proviene del concepto “*vin de garaje*” surgido en Bordeaux, Francia, hace aproximadamente 20 años.

Patrimonios subalternos y memoria. Potenciales conjunciones en los procesos de activación patrimonial

Una vez bosquejado el escenario en el que se disputan los contenidos patrimoniales otorgados al vino pipeño y su paisaje, es posible reconocer la existencia de un patrimonio subalterno que, a contra luz de los espacios de circulación de las narrativas patrimoniales hegemónicas, espera algún tipo de activación “para que una serie de recursos pasen de un estado de transparencia o mudez a la visibilidad o comunicación” (Nogués, 2014).

Entendiendo que el patrimonio es un ejercicio de visibilización-invisibilización, según quien lo active, queda claro que hasta ahora las comunidades vitivinícolas han estado ajenas a los procesos de patrimonialización desarrollados en los últimos años en torno al mosto en cuestión, levantándose contrariamente un tipo de repertorio desconectado de su sentido histórico y social. Es por ello que la afirmación “*activa quien puede y no quien quiere*” (Ibíd.) se convierte en una

certeza, concibiendo al fenómeno patrimonial como un potencial recurso político, en la medida que otorga poder a quienes se involucren en la organización de sus contenidos. Cobra sentido, entonces, que sean las propias comunidades quienes lo activen, gestionen y administren.

Bajo este contexto, surgen nuevas interrogantes en torno a la viabilidad de activar los patrimonios subalternos, más allá de la inclusión de las actorías a partir de acciones sujetas a las políticas de participación social, las que suelen abarcar niveles informativos y consultivos pero no vinculantes. Coincidiendo con Prats (2005), quien ejercita una reflexión distintiva entre los patrimonios nacionales y los patrimonios locales, el punto clave se encuentra en la comprensión de los significados elaborados por las propias comunidades, antes que en la inclusión de los principios legitimadores sostenidos por la modernidad ya anteriormente mencionados (naturaleza, pasado y genialidad). Tanto la selección de los elementos integrantes de la activación

como su ordenamiento e interpretación, deben sustentarse en los sentidos elaborados desde un presente en torno a un pasado a través de la memorización, cuestión que ubica a este último aspecto en un sitio de relevancia.

“Determinados objetos, lugares y manifestaciones, patrimoniales o no, se relacionan intensamente con la biografía de los individuos y con sus interacciones. Esto impele a la población a anteponer el significado a los principios de legitimación procedentes de la externalidad cultural, o bien a manipular más o menos conscientemente los atributos de los referentes patrimoniales (...) Convertir, por tanto, lo que es significativamente importante para la comunidad en patrimonialmente relevante, constituye una estrategia espontánea y eficaz de preservación (...) Entramos en el campo de la interpretación subjetiva (o intersubjetiva, si es compartida), y esto nos revela la verdadera naturaleza del patrimonio local, que

se basa en la memoria” (Prats 2005: 26).

Proveniente del latín “recordari”, que significa “volver a pasar por el corazón”, el recordar constituye un ingrediente vital para la memoria, sustentado en la subjetividad, la emoción y el sentimiento de la experiencia directa, o en la transmisión a través de la interacción social de los grupos humanos. Ahora bien, el memorizar u olvidar el pasado ocurre en un presente específico, desde donde se levantan las motivaciones y necesidades de este tipo de ejercicios, orientándose hacia el reforzamiento de sentimientos de cohesión e identificación entre los miembros de un grupo social determinado (Thomas 2006). En este sentido:

“La memoria es la materia prima para construir una identidad concreta, y el patrimonio una herramienta para corroborarla o para atacarla creando una nueva identidad. La memoria no es historia, la memoria es una conjunción específica entre recuerdo y olvido, una

reconstrucción e interpretación parcial del pasado, por eso puede ser una herramienta muy efectiva para activar patrimonio como para todo lo contrario, descalificarlo” (Nogués, 2014).

Sin profundizar en la relación de la memoria individual y la memoria colectiva, se plantea en esta oportunidad que es a través de la activación de las memorias significativas de las comunidades involucradas que es posible visibilizar los patrimonios hasta ahora no reconocidos. En la medida que la interpretación afectiva del pasado ya vivido se produce, el sentido de pertenencia se refuerza y la selección de los contenidos a patrimonializar se evidencian con mayor coherencia y contexto. A su vez, los procesos de patrimonialización sustentados en una mirada transformadora de las desigualdades simbólicas, económicas y sociales, favorecen el reconocimiento de memorias invisibilizadas, donde se cobijan significados que denotan resistencias y adaptaciones a lo largo del tiempo.

En el caso de la vitivinicultura tradicional del Valle del Itata, el vino pipeño resulta ser un repertorio iconográfico de un territorio que contiene además una amplia gama de expresiones patrimoniales dignas de ser activadas: arquitectura, oficios, rituales, procesos, tecnologías, saberes y sabores que se reproducen anónimamente, no sin debilitarse en el tiempo. Se reconoce pese a ello una narrativa patrimonial sustentada en la memoria oral y, por lo tanto, en los sujetos, que no puede ser disociada del territorio ni de la experiencia colectiva. De allí que exista una relación sinérgica entre los procesos de patrimonialización, basados en los significados construidos por las comunidades, y las soberanías locales, en la medida que permiten empoderar a sus integrantes respecto de sus propias riquezas y posibilitan la creación de estrategias colectivas para su resguardo.

Queda abierta la reflexión entonces en torno a los mecanismos y procesos más efectivos para activar las memorizaciones y patrimonios locales, partiendo de la base que, ante todo, su

orientación debe al menos hacer visible los contextos de desigualdad desde donde éstas se definen.

Conclusiones

A través de este ejercicio reflexivo, se ha querido acercarse a un fenómeno cada vez más creciente en el campo del patrimonio cultural, vinculado al reconocimiento y puesta en valor de los repertorios locales, como parte de una serie de recursos de orden natural y sociocultural que requieren de atención para su resguardo. En este caso, el interés estuvo centrado en la transformación de las valoraciones asociadas al vino pipeño del Valle del Itata, las que en el corto plazo se desplazaron desde un estigma negativo en tanto vino de baja categoría, al de un mosto de carácter ancestral y vernacular digno de ser reconocido.

Para la comprensión de las dinámicas implicadas en este proceso, fue preciso revisar las bases conceptuales circundantes en torno al patrimonio cultural, dejando en evidencia la directa relación entre patrimonio y poder, y

reconociendo ante todo su sentido polisémico. Con ello se hizo necesario además deconstruir los cimientos desde donde hoy se sostiene el discurso de patrimonialización de esta bebida, adentrándose de esta manera en las lógicas instrumentales y hegemónicas urdidas por el discurso moderno en sus distintos campos.

Que el vino pipeño viva un reciente despertar para su puesta en valor no significa que efectivamente los patrimonios locales estén experimentando un proceso de reconocimiento. Se trata más bien de repertorios iconográficos recogidos por el Mercado y resignificados como objetos de consumo, destacando cualidades inmutables como la naturaleza, la historia y la genialidad, seguidos por diversas estrategias emanadas de parte del Estado desde la misma sintonía.

En este escenario, las comunidades implicadas históricamente en su reproducción continúan siendo invisibilizadas, alimentando relaciones de poder asimétricas que marginan epistemes discrepantes de la hegemónica. Al poner atención a las construcciones

valorativas elaboradas desde los territorios por sus habitantes, queda de manifiesto que la identidad de este vino es construida a partir de referentes indisociables de la emocionalidad y la memoria, en tanto experiencias propias o heredadas.

El vino pipeño es valorado en cuanto sintetiza un modo de vida, un *ethos* desde donde se entienden diversas dimensiones de la vida, y es por ello que antes que el mosto, es el paisaje cultural el que adquiere dimensiones patrimoniales.

En base a tales distinciones, se recoge la dicotomía patrimonio oficial/patrimonio no oficial para dar cuenta de las tensiones y diferencias existentes, proponiendo también la posibilidad de nutrir su complejidad desde la noción de subalternidad, y específicamente desde la idea de patrimonios subalternos. A través de ella se pretende abrir un espacio discursivo que no sólo reconozca aquellas construcciones significativas de los grupos humanos hasta ahora marginadas de las narrativas oficiales, sino que

también construya categorías y contenidos teóricos suficientes para dar cuenta de las complejidades que allí se dan en tanto espacio de frontera.

Interesa entonces abordar las estrategias de adaptación, adecuación y resistencia construidas como parte de los procesos de identidad/alteridad desplegados por las comunidades en cuestión, no sin tensiones y contradicciones. Es justamente allí donde, se postula, existen aspectos potenciales para la implementación de experiencias reales de patrimonialización de índole comunitaria, local y con sentidos.

Entendiendo que la noción de poder es una constante en el campo de lo patrimonial, en la medida que se trata de ejercicios de selección de ciertos contenidos para su conservación, los procesos de patrimonialización contienen en sí mismos una dimensión política necesaria de transparentar. En este sentido resulta primordial interrogarse respecto de quiénes patrimonializan y para qué se patrimonializa, abriéndose de este modo un punto de encuentro con el campo del desarrollo local, el que de

manera permanente problematiza también este tipo de preguntas: ¿Desarrollo desde quiénes y para quiénes?

Se sostiene, entonces, que la activación de la memoria o el ejercicio de memorizar permitiría llenar de contenidos patrimoniales los repertorios seleccionados por las mismas comunidades para su puesta en valor, resguardo y gestión, desnaturalizando sus cualidades, y otorgando la posibilidad de reconocer no sólo un único discurso, sino una multiplicidad de ellos a partir de las experiencias situadas de los sujetos involucrados (género, edad, clase, entre otras), acercándose a su sentido histórico. Al mismo tiempo, la activación de esta memoria podría actuar como resorte para la promoción de las soberanías locales, acercando nuevamente el patrimonio cultural al ámbito del desarrollo local, más allá de las reducidas miradas desplegadas desde el turismo cultural y de intereses especiales.

Bibliografía

Bahamonde, M.; Mariángel, P. y Hernández M.V. (2016), *Viñas y Toneles del Itata. Patrimonio, memoria e identidad en la producción del vino pipeño*. CETSUR. Tomé.

Berroeta, H. (2008), “Simbolismo y acción colectiva en la configuración del espacio patrimonial urbano”. En *El patrimonio cultural como factor de desarrollo en Chile. Bases teóricas y metodológicas de una gestión con enfoque ecosistémico*. Universidad de Valparaíso Editorial, Valparaíso.

Del Pozo, J. (2014), *Historia del vino chileno. Desde la época colonial hasta hoy*. LOM Ediciones. Santiago de Chile.

Ídem (2004), “Los empresarios del vino en Chile y su aporte a la transformación de la agricultura, de 1870 a 1930”. En *Universum* (Talca), 19(2), 12-27. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762004000200002>

Fernández de la Paz, E. (2006), “De tesoro ilustrado a recurso turístico: el cambiante significado del patrimonio cultural”. En *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*. Vo. 4, n° 1, pp. 1-12. Recuperado de <http://www.pasosonline.org/Publicados/4106/PS010106.pdf>

García Canclini, N. (1990), *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Editorial Grijalbo. México.

Goepfinger, C. (9 de julio de 2013), *El revival del pipeño*. Recuperado de <http://nirvino.cl/2013/07/08/el-revival-del-pipeno/>

Lacarreau, M. (2004), “El patrimonio cultural inmaterial: un recurso político en el espacio de la cultura pública local”. En *Instantáneas locales. VI seminario sobre patrimonio cultural*. DIBAM. Santiago de Chile.

Maillard, C. (2012), “Construcción social del patrimonio”. En *Hecho en Chile. Reflexiones en torno al patrimonio cultural*. Daniela Marsal

Mariángel Chavarría, P.

(compiladora). Andros Impresores. Santiago de Chile.

Marsal, D. (2012), “*De lo íntimo a la oficialidad: la construcción del patrimonio desde las personas*”. En *Hecho en Chile. Reflexiones en torno al patrimonio cultural*. Daniela Marsal (compiladora). Andros Impresores. Santiago de Chile.

Modonesi, M. (2012), *Subalternidad*. UNAM. Disponible en http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/497trabajo.pdf

Ortega, R. (15 de julio de 2013), *Identidad pipeño*. Planeta vino. Santiago de Chile. Recuperado de <http://www.planetavino.com/nueva/vinos/identidad-pipe-o>

Pajoni, H. (2007), “La subalternidad de lo popular: apropiación de los débiles o pronunciamiento del mundo”. En *Question Revista Especializada en Periodismo y Comunicación*. <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/index>

Activación patrimonial y memoria. Alternativas para el reconocimiento del...

Prats, Ll. (1998), *El concepto de patrimonio cultural*. Disponible en [http://www.antropologiasocial.org/contenidos/publicaciones/otautores/prats%](http://www.antropologiasocial.org/contenidos/publicaciones/otautores/prats%20)

Rojas, G. (2015), “Patrimonio e identidad vitivinícola. Reflexiones sobre la evolución de los significados culturales del vino en Chile”. En *RIVAR*, vol. 2, n° 4, ISSN 0719-4994 IDEA-USACH, Santiago de Chile, pp.: 88-105.

Salazar, G. (1990), “Chile, Historia y Bajo Pueblo”. En *Proposiciones*, Vol. 19. Santiago, Chile: Ediciones SUR. Disponible en <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=193>.

Salgado, M. (2008), *El patrimonio cultural como narrativa totalizadora y técnica de gubernamentalidad*. Centro-h, núm. 1. Pp: 13-25. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=115112534002>

Seguel, R. (1999), “Patrimonio cultural y sociedades de fin de siglo: una mirada desde las principales

Mariángel Chavarría, P.

tendencias que marcan los nuevos escenarios socioculturales”. En *Conserva. Revista del Centro Nacional de Conservación y Restauración*. DIBAM, n° 3, Santiago de Chile.

Stewart, D. (2015), *Las viñas de Concepción: distribución, tamaño y comercialización de su producción durante el siglo XVII*. En RIVAR Vol. 2, n° 4, ISSN 0719-994, IDEA-USACH, Santiago de Chile, pp.106-124.

Tapia, P. (2015), “El yeti y la identidad del vino en Chile”. En *Patrimonio Vitivinícola. Aproximaciones a la cultura del vino en Chile*. Ediciones Biblioteca Nacional. Santiago, Chile, pp. 19-31.

Thomas, A. G. (2006), “El “patrimonio” y la “Memoria” Barrial: Relaciones de hegemonía y subalternidad en el barrio porteño de San Telmo”. En *Runa*, vol. XXVI, 2006, pp.49-72. Universidad de Buenos Aires, Argentina. Disponible en

Activación patrimonial y memoria. Alternativas para el reconocimiento del...

<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=180826453002>

Nogués, P. (2014). “Activa quien puede y no quien quiere”. En *Alegaciones Rotas. Cine, antropología, fotografía, opinión y relatos*. 11 de abril de 2014. Recuperado de <http://alegacionesrotas.tumblr.com/post/82390577846/activa-quien-puede-y-no-quien-quiere-la>.